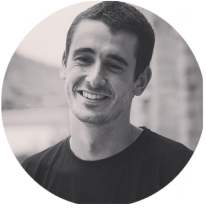


Xabier Lete, o el compromiso

2019-12-14



Kultura

PAUL BEITIA

Se acaban de cumplir nueve años de la muerte de Xabier Lete y podría ser una buena ocasión para preguntarnos qué fue realmente su figura: qué expresó su obra poética en cada momento histórico, qué nos queda de ella, cómo debemos recordarla. Las respuestas a dichas preguntas pueden ser varias, claro está, y aún más refiriéndonos a una figura tan peculiar y difusa como la de Lete.

Su figura es peculiar y difusa, en primer lugar, políticamente. Fue miembro indispensable de la literatura y la canción comprometida de la década de los 60, y sus letras y melodías han sido utilizadas por la política revolucionaria desde hace tiempo, pero muchas veces se nos olvida que en su madurez también fue diputado de cultura en la Diputación de Gipuzkoa con el PNV.

En segundo lugar, tampoco creo que su figura como artista sea muy clara. Seguramente Lete será recordado por la mayoría como cantautor y, sin embargo, la crítica le ha dado más importancia a su obra poética que a su música. Yo opino que la realidad es más compleja: Lete fue un poeta que consideró mucho los aspectos musicales, siempre entendió la poesía con relación a la música y era muy consciente de las posibilidades socializadoras que le daba la música a su poesía. Está claro que no es lo mismo escuchar un poema cantado en un concierto multitudinario que leerlo a solas en un libro; la relación entre el artista, la obra y el público cambia sustancialmente según el contexto. En los sesenta, muchos artistas vieron en la canción un modo muy directo de relacionarse de manera más directa con el público. La sociedad vasca estaba en plena ebullición, con fuertes deseos de lucha y cambio, y los poemas acompañados por una guitarra resultaron ser un modo acertado para dotar a las masas de una voz lírica. Lete utilizó esa fórmula constantemente. Publicaba un poema y luego lo adaptaba para una canción; exploró la rima y la métrica en busca de formas eficaces de llegar al público e hizo letras para sus compañeros cantantes.

Por todo eso, es interesante indagar en la figura de Xabier Lete, y así enriquecer un debate todavía indispensable para el movimiento socialista, en concreto, la relación entre las expresiones artísticas y las expresiones artísticas organizadas en un momento histórico dado.

Para ello es importante, antes que nada, esclarecer mínimamente la figura de Lete. La antología editada en 2017 por Koldo Izagirre, *Elurra ikusi dut*, y su epílogo nos serán de gran ayuda para este trabajo, ya que cualquiera que quiera un relato crítico de la vida y obra de Lete haría bien en acudir a ese libro. Izagirre también expresa continuamente la necesidad de comprender al poeta, y hace hincapié de nuevo en lo difuso de su figura. Su compasión y su pesimismo, su modo de entender la poesía, cambian con el tiempo pero siempre aparecen de forma precisa y enérgica.

En mi opinión, lo que le debemos a Lete es lo mismo que Raymond Williams al

escritor británico Orwell: le debemos sinceridad. En Lete no encontraremos la precisión política, no se le puede reconocer ni una lealtad partidista ni una concepción acertada de la coyuntura histórica. Sí, en cambio, un compromiso profundo con su tiempo y su obra. Ya en 1974 declaró que la poesía para él era «un modo de nombrar las cosas» y en esa declaración se percibe el compromiso: a las cosas se les debe llamar por su nombre, el poeta debe siempre decir la verdad y para ello debe estar profundamente comprometido con su tiempo. Sin embargo, la obra de Lete es cambiante por esa misma sinceridad. En él encontramos el ejemplo perfecto de demostrar que la subjetividad del artista está siempre determinada históricamente. De la época de ebullición revolucionaria surgieron los poemas punzantes y atrevidos de su juventud, que hacían llegar a la sociedad politizada mensajes sobre el sentido y la necesidad de la lucha (“La promesa de la vida / romper toda cadena / mañana / en la suavidad del viento / en una sonrisa / la esperanza”). Vino después otra poética, crónica pesimista de la época de la Transición, donde se predica la decadencia de un Pueblo con mayúsculas, y se dibuja líricamente una deriva general (“Yo no digo grandes palabras sobre el futuro / últimamente no creo en la liberación repentina”). Y la voz del poeta se vuelve con los años cada vez más pesimista, se aleja cada vez más de la problemática social y se ampara en una poética a menudo de corte religioso. Hasta qué punto fue cambiante la obra de Lete, lo demuestran las diferentes versiones que hizo con sus poemas y canciones, como con *Izarren hautsa*, por ejemplo, del cual hizo varias versiones, reemplazando sobre todo el contenido explícitamente político.

A algún lector, la obra y la figura de Lete le pueden parecer paradójicas más que cambiantes. Sin embargo, en este caso también se le puede aplicar lo dicho por Williams sobre Orwell: esa paradoja no se puede entender en términos estrictamente personales, sino que es una consecuencia de las presiones ejercidas por la situación histórica general. Es decir, la obra de Lete es cambiante porque está históricamente determinada, porque no se puedan separar de ninguna manera su producción poética y el momento histórico en el que la creó. De la misma manera, encontramos en Lete el paradigma del artista comprometido. Su obra no respondía ni a criterios estrictos de creación ni a la línea táctica del movimiento organizado, pero el joven Lete se posicionó a favor de las masas politizadas de los 60, formaba parte de ellas y les debía a ellas su compromiso. Escribía y cantaba, por consiguiente, desde esa posición. Por eso fue capaz de dar voz a un amplio movimiento político.

La política y el arte son dos cosas distintas, cada terreno tiene su carácter y su modo de funcionar, pero de ninguna manera son esferas separadas. Nuestro modo de entender el arte tiene una premisa fundamental: todo arte es político, es decir, en toda expresión artística existen tendencias políticas. Incluso cuando los artistas alardean de crear «libremente», sus trabajos responden a intereses de una u otra clase y crean de forma que es favorable para una política u otra, ya que los y las artistas querrán siempre responder, aun siendo de diferentes maneras, a la situación política de su época. El arte, sin embargo, tendrá siempre un componente espontáneo, consecuencia de su carácter y funcionamiento, de los límites que tiene la subjetividad individual de los y las artistas. Por consiguiente, cuando decimos que las expresiones artísticas responden a su época, no nos referimos a que las obras de arte configuran un corpus totalmente

coherente y homogéneo, sino un conjunto de expresiones complejo y vivo.

El movimiento socialista moderno también debe ser consciente de la importancia política del arte. En Euskal Herria tenemos ya algunas expresiones musicales, literarias y plásticas creadas en el seno de una política emergente a favor del proletariado, pero la situación exige ir más allá. Es nuestra responsabilidad investigar sobre el funcionamiento de la creación artística, sobre cómo entendemos la libertad de creación y el compromiso, cómo utilizamos el arte de un modo que sea favorable a nuestra política, para poder organizar las expresiones artísticas que le darán voz al movimiento socialista. Yo creo que un punto fundamental será entender la libertad de creación en relación con el compromiso político, y creo que para profundizar en ello las experiencias de la década de los 60 y la figura y la obra de Xabier Lete nos serán de gran ayuda.